



I  
Atrio



# Aguascalientes y los toros

*Alfonso Pérez Romo* †

**E**l toreo es una representación del drama de la vida y de la muerte, del bien y del mal, de la fuerza vital de la naturaleza que nos invita y nos reta al mismo tiempo, de lo desconocido y lo inesperado que nos acecha en la lucha por la existencia, del oculto instinto que nos hace aspirar a una resurrección, del poder de la inteligencia, de la destreza y del arte ante la fuerza bruta.

Como en el teatro, el espectador de la corrida de toros es presa de la magia que vuelve la ficción en realidad; y durante unas horas de expectación, sufre y siente, a profundidad, el drama que se desenvuelve ante sus ojos. A la muerte del toro, en quien proyecta todos los obstáculos y amenazas con que se enfrenta en la vida real, el espectador vive una catarsis que lo libera de

complejos y experiencias negativas, y le devuelve la confianza para seguir viviendo ante el enigma del futuro. El asistente a las corridas de toros, a quien popularmente se le conoce como “aficionado”, no es entonces un espectador como el que presencia un espectáculo cualquiera, sino un verdadero actor que participa, siente y vive el rito, y al final sufre y experimenta el alivio de la catarsis.

Pero el toreo no sólo es un drama teatral: es también un rito cuasi religioso que se envuelve en una serie de actos y símbolos, como el traje del torero, que lo convierte, de un hombre cualquiera, en oficiante de un culto pagano, aunque rico de significados —comienza con un desfile que recuerda las peregrinaciones—, que observa una serie de pequeños actos como el sorteo o el brindis, y que tiene lugar bajo una autoridad que marca los tiempos y garantiza el cumplimiento de las reglas rituales. En una sociedad como la actual, hondamente penetrada por filosofías materialistas, nihilistas, escépticas, dispuestas a desacralizarlo todo y banalizar la existencia; a despreciar el pasado e ignorar el futuro; a borrar de la conciencia la presencia del espíritu y, de la vida diaria, el valor de lo simbólico y lo bello, el toreo puede pasar a convertirse en un simple espectáculo sin contenido, y en un sacrificio sin sentido. Creo que esto es lo que está pasando en comunidades que han sido presas de esta ola de desvalorización total de la existencia.

En Aguascalientes se ha conservado vivo el significado profundo del toreo, no gracias a la Feria Nacional de San Marcos, que ciertamente se cubre de esplendores gracias a la Fiesta de los Toros, sino al talante simbólico, religioso (no beato, sino infundido de un sentido sagrado de la vida y de las cosas), que durante tantos años han sido los componentes que alimentan y subyacen en su cultura; esto le ha permitido aceptar, acoger, comprender, sentir y vivir el significado profundo del toreo. Aguascalientes ha sido taurina de forma natural.

En los lejanos días de mi niñez, recuerdo cómo veía llegar el convite; adivinaba su presencia, porque oía el estrépito del

saxofón y la tambora que alborotaban la barriada, desde que el vetusto carromato, adornado con un zarzo de banderillas en el morro, doblaba la esquina de Zaragoza y Primo Verdad. Al cruzar la murga, frente a nuestra casa, los chiquillos corríamos tras sus pasos con el fin de atrapar uno de aquellos programas que iba soltando al viento; la silueta imponente de la cabeza de un toro negro, que encabezaba aquellos programas, nos abría las puertas de la fantasía con vagas sensaciones de misterio y de emociones fabulosas. Entonces era frecuente que hubiera funciones de toros en la ciudad; comenzaron nuestros oídos infantiles a llenarse de nombres legendarios que iban calentando la imaginación: Gaona, Sánchez Mejías, Esteban García o Carmelo Pérez, y, más tarde, de personajes contemporáneos que oíamos citar a todas horas: los Rodarte, Heriberto García, Juan Estrada, el Calesero, entre tantos otros. Nuestra ilusión era conocer, algún día, el mágico escenario en donde estos valientes se convertían en héroes populares.

Corrían los años 30 del siglo pasado; yo era entonces un chiquillo de seis o siete años que, con el dinerito que me daban cada domingo, corría a la esquina de la calle Zaragoza, a la tienda “El Danubio”, de don Miguel de Alba, y en lugar de comprar golosinas, como todos los demás, me llevaba tarjetas postales con retratos de toreros españoles o mexicanos, cuyas imágenes me hacían evocar hazañas que encendían mi pensamiento. Nombres lejanos en la distancia y la realidad fueron poblando mi pueril fantasía: Vicente Barrera, Chicuelo, Fuentes, Gaona, Luis Freg, Vicente Segura, Belmonte, Joselito, Armillita y tantos más que fui coleccionando con singular deleite. Las salidas que hacía por el centro de aquella pequeña ciudad que era entonces Aguascalientes: diariamente a la escuela y los domingos a misa o algunas veces al cine en la función matinal, en la que veíamos películas mudas, mientras Cuquita Ponce tocaba piano en los intermedios. De modo que me fascinaba contemplar, en los carteles que se pegaban en to-

das las esquinas, aquellas imponentes cabezas de toros bravos con su inmensa fiereza contenida, pero amenazante.

Mis padres no eran aficionados a las corridas de toros, pero tampoco tenían ningún reparo en contra de ellas; por el contrario, dejaban que mi tío Pedro Romo de Vivar y Ruiz Esparza, un ser entrañable, un niño de 70 años, nos llevara a los toros cada vez que había una novillada o corrida formal; en su compañía y bajo su cuidado, viví las primeras experiencias emocionales, estéticas y psicológicas que depara la contemplación actual de la corrida. Mi tío José María Romo Oyarzábal, hermano de mi madre, hombre de campo que lucía sus finos trajes de charro, sus caballos y monturas, cuando partía plaza durante los festejos taurinos, era otro estímulo importante que llenaba mi vida de expectativas y admiración por la Fiesta. Por si esto fuera poco, mi tío Refugio Romo de Vivar, primo de mi madre, era el aficionado de pura cepa que se encargaba del difícil trance de colocar la divisa a los toros en el momento mismo que salían disparados del toril, y tenía que consumir la suerte con precisión, tras un burladero.

Los años que viví en la calle Primo Verdad fueron años en que me envolvía un ambiente social y familiar en que el toreo era parte importante, festiva y formal de la cultura. Por el año 34, nos mudamos a la calle Álvaro Obregón, donde también vivían familias queridas, como los Reyes, los Ibarra, los Romo, los Franco, los Amador y algunos otros, que fueron amigos de nuestros juegos infantiles y de las primeras travesuras y experiencias de la naciente juventud. Hacíamos plazas de toros clavando palillos en el suelo y uniéndolos con cuerdas; así, formábamos un pequeño redondel, aderezábamos nuestras propias banderillas pegando rizos de papel de china con engrudo, que luego clavábamos en una penca de maguey pegada en la cornucopia, la cual servía para simular las embestidas; alternábamos haciéndola de toro, de peón o de matador, mientras las chiquillas de nuestro barrio lo presenciaban emperifolladas con mantillas y peinetas y a veces nos aplaudían.

Eran ciertamente jornadas festivas que disfrutábamos a plenitud, hasta que nuestro propio desarrollo juvenil nos empezó a apartar de las ficciones y nos empezó a volcar hacia la Fiesta de verdad.

Mientras fui estudiante de preparatoria, no faltó ocasión para participar en festivales organizados en el instituto y que tenían lugar en la Plaza de Toros San Marcos; ello nos enfrentó con la primera experiencia, al tratar de hacer los ensayos infantiles ante una becerro de verdad. También eran frecuentes nuestras visitas al rastro municipal, que en aquellos años se encontraba en la calle Guerrero, para ver a los aspirantes a novilleros y a los profesionales del toreo aprovechar la bravura que les quedaba a los animales que llegaban allí como desechos de tía, y en donde, igualmente, practicaban la puntilla en las reses destinadas al matadero. Todas estas cosas que se entremezclaban con el diario quehacer hacían que viviéramos en un ambiente proclive a la Fiesta taurina y a la fascinación de su experiencia emocional y psicológica.

Por otra parte, está el hecho de que nuestra ciudad estuviera rodeada de ganaderías de toros bravos: La Punta, Peñuelas, Garabato, Cieneguilla y, andando el tiempo, muchas otras más, que siempre se acogieron al apego y comprensión de la Fiesta, latentes en nuestra ciudad y nuestra región. Aquí se han afincado prestigiosas familias de ganaderos, empresarios y toreros, que le han dado prestigio y carácter a nuestra ciudad: los Madrazo, Dosamantes, los Ramírez, los González, los Rodarte, los Mora, los Prado, los Ramírez del Calesero, los Espinosa de Armillita, los Adame, los Sánchez o Rafael Rodríguez. Un florecer de brillantes personajes que se han ido desarrollando aquí, arropados en un ambiente cultural que comprendía y vivía el sentido profundo del antiguo rito del toreo, hizo que nuestra ciudad, taurina siempre, antes de, y durante la Feria de San Marcos, acabara convirtiéndose en el reducto de nuestro país que guarda, todavía encendida, la llama de esta rica tradición cultural.

No puedo terminar estas líneas sin evocar una estampa inolvidable de mi niñez: la figura señera de don Francisco Irribarren, quien salía de su casa frente al templo de la Merced, vestido ya de chaquetilla y castoreño, para cabalgar al pasito por la calle Allende, ebullente de aficionados, hasta llegar a la Plaza San Marcos para iniciar la corrida. Su gallardía, su amor y respeto por lo ritual y lo tradicional dejaron en mi corazón de chiquillo un aroma de transcendencias esenciales que todavía perfuma las horas evocativas de mi vejez.